



colette
GIGI



Wolfgang
Peters

Lectulandia

Cerca del final de su vida, manteniendo su estilo fresco e irreverente, Colette ofrece una excepcional visión del París «*fin de siècle*», una ciudad obnubilada por los adelantos técnicos: el teléfono, el automóvil, donde celebridades como Cléo de Mérode o Carolina Otero eran habituales en los restaurantes de moda —el Durand o el Pré-Catelan— y en los figurines chic, y cuya vida de escándalos era recogida por el *Gil Blas*, entre otra prensa del corazón. Sin eufemismos, Colette retrata la condición femenina que se mueve entre la estrechez económica y la ligereza moral. Para componer el delicioso personaje de Gigi, recurre a elementos de su propia biografía; también la autora, casada muy joven, sabrá que el descubrimiento de su destino como mujer supone «el fin de mi carácter de muchacha, intransigente, bonito, absurdo», como confesó en *Lo puro y lo impuro*. Publicada originariamente en 1945, la nueva traducción de José María Solé salvaguarda la frescura del texto original y rescata las menciones que fueron «pudorosamente» omitidas en versiones anteriores. *Gigi* es tal vez la obra más famosa de Colette tras ser llevada al cine con enorme éxito en 1958, la película fue dirigida por Vincente Minnelli con Leslie Caron, Maurice Chevalier y Louis Jourdan como protagonistas principales.

Lectulandia

Sidonie Gabrielle Colette

Gigi

ePub r1.0

Titivillus 24.08.2018

Título original: *Gigi*
Sidonie Gabrielle Colette, 1944
Traducción: José María Solé
Diseño/Retoque de cubierta: David Sueiro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

—No te olvides de ir a casa de tía Alicia. ¿Me oyes, Gilberte? Ven, que te haga los rizos. ¿Me oyes?

—Abuela, ¿crees que podría ir sin los papillotes?

—No creo —repuso calmadamente la señora Alvarez.

Sobre la azul llamita de un hornillo de alcohol, puso las viejas tenacillas con brazos terminados en dos bolitas de metal macizo y luego preparó los papeles de seda.

—Abuela, ¿y si, para cambiar, me hicieras una onda a un lado...?

—Ni hablar. La máxima excentricidad permitida a una chica de tu edad es rizarse las puntas del pelo. ¡Siéntate en la banqueta!

Al sentarse, Gilberte dobló sus zancudas piernas de quinceañera. Su falda escocesa descubrió unas medias de hilo acanalado que le llegaban más arriba de las rodillas, de rótulas que eran, sin saberlo ella, la perfección misma. Poca pantorrilla y empeine alto, unos encantos que hacían lamentar a la señora Alvarez que su nieta no hubiese estudiado danza. Con las tenacillas calientes, asió los mechones de color rubio ceniza, enroscados y envueltos en el fino papel. Pacientes y hábiles, sus gordezuelas manos formaban gruesos bucles sueltos y elásticos con el magnífico espesor de una cuidada cabellera, que apenas rebasaba los hombros de Gilberte. El olor vagamente avainillado del papel y el calor de la tenacillas adormilaban a la muchacha, obligada a permanecer quieta. Además, sabía de sobra que toda resistencia sería en vano. Casi nunca intentaba huir de la autoridad familiar.

—¿Es Frasquita lo que mamá canta hoy?

—Sí. Esta noche es Si yo fuera rey. Te he dicho mil veces que, cuando estés sentada en un asiento bajo, debes juntar las rodillas y doblarlas a la vez, a la derecha o a la izquierda, para evitar una indecencia.

—Pero, abuela, si llevo pololos y enaguas...

—Los pololos son una cosa y la decencia, otra —le respondió la señora Alvarez—. Todo depende de la actitud.

—Ya lo sé; tía Alicia me lo ha repetido muchas veces —murmuró Gilberte bajo la maraña de cabellos.

—No necesito a mi hermana —dijo agriamente la señora Alvarez— para que te inculque los principios de las más elementales conveniencias. De todo eso, a Dios gracias, sé un poco más que ella.

—Abuela, si hoy me quedase, ¿tendría que ir el próximo domingo a ver a tía Alicia?

—¡Vaya! —dijo, desdeñosa, la señora Alvarez—. ¿No tienes ninguna otra sugerencia que hacerme?

—Sí —le replicó—. Que me hagan las faldas algo más largas para que, cuando me sienta, no tenga que estar todo el rato doblada como una Z. Hazte cargo, abuela; con estas faldas tan cortas, siempre tengo que estar pensando en lo-que-yo-me-sé.

—¡Cállate! ¿No te da vergüenza llamar a eso lo-que-yo-me-sé?

—Pues me encantaría llamarlo de otra forma, pero...

La señora Alvarez apagó el hornillo. Su pesada silueta española se reflejó en el espejo de la chimenea.

—No hay otro —decidió.

De entre la maraña de rizos rubio ceniza emergió una mirada incrédula, de un hermoso azul oscuro con tonos de pizarra mojada, y la muchacha se desplegó de un brinco:

—Pero, abuela, de todas formas podrían hacerme las faldas un palmo más largas... O se les podría añadir un volantito...

—¡Pues sí que le iba a gustar a tu madre! ¡Tener una hija que aparentase por lo menos dieciocho años! ¡Con su carrera! ¡Vamos, querida, piensa un poco!

—Si ya pienso... —le dijo Gilberte—. Pero si casi nunca salgo con mamá, ¿qué importancia iba a tener eso?

Se arregló la falda, que le trepaba por encima del flaco estómago, y preguntó:

—¿Me pongo el abrigo de diario? Está bastante bien.

—¿Cómo se va a notar, entonces, que hoy es domingo? Ponte el abrigo liso y tu canotier azul marino. ¿Cuándo vas a aprender lo que es correcto?

De pie, Gilberte era casi tan alta como su abuela. Sugestionada por el apellido español que usaba —apellido de un difunto amante—, la señora Alvarez había adquirido ciertas características que encontraba adecuadas: palidez mantecosa, obesidad y cabellos relucientes de brillantina. Usaba unos polvos demasiado blancos, el peso de las mejillas le tiraba un poco de los párpados inferiores y había acabado por adoptar el nombre de Inés. A su alrededor, gravitaba ordenadamente su irregular familia. Abandonada por el padre de Gilberte, Andrée, su hija soltera, prefería ahora, antes que cualquier eventual prosperidad, la mediocre existencia de las cantantes secundarias en un teatro subvencionado. Por su parte, Alicia —nunca se había oído que alguien le hubiese hablado de matrimonio—, vivía sola, de unas rentas que ella decía modestas, y la familia respetaba tanto sus opiniones como sus joyas.

La señora Alvarez contempló a su nieta, desde el canotier de fieltro, adornado con una pluma cuchillo, hasta los zapatos de confección.

—¿No puedes juntar las piernas? Cuanto te pones así, el Sena podría pasarte por debajo. No tienes ni pizca de vientre, pero siempre hallas manera de sacar barriga. ¡Y ponte los guantes, por favor!

La indiferencia de las niñas castas decidía aún todas las actitudes de Gilberte. Podía tener un aspecto de arquero, de rígido ángel o de chiquillo con faldas, pero casi nunca el de una jovencita. «¿Ponerte vestidos largos, a ti, que no tienes ni la cabeza de un crío de ocho años?», decía la señora Alvarez. «Gilberte me desalienta», suspiraba Andrée. «Si no te desalentases por mí, lo harías por cualquier otra cosa», le respondía tranquilamente su hija. Era dócil y se contentaba con una vida casera y casi exclusivamente familiar. Por lo que se refería a su rostro, nadie podía predecir nada. Tenía una boca grande, que la risa ampliaba, dientes de un blanco flamante, la

barbilla corta y, entre los altos pómulos, una nariz que... «¡Dios mío!, ¿de dónde habrá sacado esa naricita?», suspiraba su madre. «Pues, hija mía, si tú no lo sabes, ¿quién lo va a saber?», le replicaba la señora Alvarez. A esto, Andrée, mojigata tardía y cansada de todo demasiado pronto, guardaba silencio y se palpaba maquinalmente su sensible garganta. «Gigi —aseguraba tía Alicia— es un lote de materias primas. Puede quedar bien, pero también puede resultar muy mal».

—Abuela, llaman; abriré al salir... ¡Abuela! —gritó Gigi desde el pasillo—. ¡Es tío Gastón!

Regresó trayendo del brazo a un joven muy alto, al que hablaba ceremoniosa y puerilmente, como las colegialas durante el recreo.

—¡Qué pena, títo, dejarle tan pronto! La abuela quiere que vaya a ver a tía Alicia. ¿Qué coche se ha traído hoy? ¿Su nuevo Dion-Bouton-descapotable-de-cuatro plazas? Dicen que puede conducirse con una sola mano... ¡Yo espero, títo, que tenga bellos guantes! Eh, títo, ¿es cierto que ha reñido con Liane?

—¿A ti qué te importa? —le regañó su abuela.

—¡Pero si todo el mundo lo sabe! Ha salido en el *Gil Blas* y empezaba diciendo: «Una secreta amargura se ha deslizado en el producto azucarado de la remolacha...». En el colegio todas mis amigas me preguntan, porque saben que conocemos a tío Gastón y, ¿sabe, títo?, mis compañeras no le dan la razón a Liane. Dicen que vaya papelito el suyo...

—¡Gilberte! —le repitió su abuela—. ¡Despídete del señor Lachaille y desaparece!

—Déjela —suspiró Gastón Lachaille—. Al menos, no tiene malicia. Y es absolutamente cierto que todo ha terminado entre Liane y yo. ¿Vas a casa de tía Alicia, Gigi? Coge mi coche.

Gilberte prorrumpió en gritos, dio un brinco de alegría y besó a Lachaille:

—¡Gracias, títo! ¡La cara que va a poner tía Alicia! ¡Y la jeta de la portera!

Y se marchó, haciendo el mismo ruido que un potrillo sin herrar.

—La mimo demasiado, Gastón —dijo la señora Alvarez.

Pero eso no era cierto. Gastón Lachaille no se preocupaba más que de sus propios «mimos» y sus lujos habituales: sus automóviles, su siempre triste hotelito en el parque Monceau, los «meses» de Liane y sus joyas de cumpleaños, el champaña y el *baccarat* en Deauville en verano y en Montecarlo en invierno. De cuando en cuando, en una suscripción dejaba caer un gran donativo en especie, compraba un yate que luego revendía a algún monarca centroeuropeo o aportaba capital para algún nuevo periódico, pero todo ello no le hacía sentirse mejor. Al contemplarse en el espejo, habría podido decir: «Esta es la cara de un hombre estafado». Como tenía una nariz algo larga y grandes ojos negros, la mayor parte de la gente lo tenía por un explotador. Su instinto comercial y su desconfianza de hombre rico le servían de protección. Nadie había conseguido robarle su botonadura de perlas, sus pitilleras de metales preciosos tachonadas de pedrería ni su gruesa pelliza forrada de oscura

cebellina.

Miró por la ventana cómo arrancaba su coche. Este año de 1899, los últimos modelos de automóviles eran más altos y ligeramente más anchos, debido a los desmesurados sombreros que imponían Carolina Otero, Liane de Pougy y otras destacadas personalidades del momento. Así, cuando tomaban las curvas, los coches cabeceaban suavemente.

—Mamaíta —dijo—, ¿me haría una taza de manzanilla?

—Una, no; dos —le contestó la señora Alvarez—. Siéntese, mi pobre Gastón.

Retiró de su hundida butaca unas revistas ilustradas, unas medias a las que estaba cogiendo los puntos, una caja de regaliz, unos naipes. El hombre estafado se deslizó, encantado, en la butaca, mientras su anfitriona preparaba la bandeja y dos tazas.

—¿Por qué será que la manzanilla que me hacen en casa huele siempre a crisantemo marchito? —suspiró Gastón.

—La cuestión es hacerla con cuidado. No me creería, Gastón, si le digo que muchas veces cojo la mejor manzanilla en el mismo París, en solares sin edificar; una manzanilla pequeña y de no muy buen aspecto, pero de sabor *exquisito*. ¡Pero, por Dios, qué bonita es la tela de su traje! Esas rayas difuminadas son de lo más distinguido. Es de la clase de tejidos que le gustaban a su difunto padre, pero debo decir que no los llevaba con tanto estilo como usted.

La señora Alvarez tenía por costumbre evocar una sola vez por conversación la memoria de Lachaille padre, al que aseguraba haber conocido mucho. De todas sus viejas relaciones, verdaderas o falsas, solamente conservaba una familiar relación con Gastón Lachaille y el placer del pobre que saborea la compañía del opulento sentado en su vieja butaca. Bajo aquel techo ahumado por el gas, aquellas tres criaturas femeninas no le pedían a Gastón collares de perlas, solitarios ni chinchillas, y eran capaces de hablar con decencia y consideración de cosas escandalosas, respetables o inaccesibles. Desde que tenía doce años, Gigi sabía que el grueso collar de perlas negras de Carolina Otero era *trempe*, es decir, teñido artificialmente, pero también que su collar de tres sartas escalonadas valía «un Imperio»; que las siete sartas de la señora de Pougy carecían de vida; que el célebre bolero de diamante de Eugénie Fougère no valía nada y que una mujer que se respeta no se pasea, como la señora Antokolski, en un cupé tapizado de satén malva. Había roto Gigi dócilmente con su compañera de curso Lydie Poret, cuando esta le enseñó un solitario montado en sortija, regalo de barón Ephraim.

—¡Un solitario! —había exclamado, al enterarse, la señora Alvarez—. ¡Una chica de quince años! Su madre debe de estar loca.

—¡Pero, abuela —la había defendido Gigi—; no es culpa de Lydie si el barón se lo ha regalado!

—¡Cállate! No censuro al barón; él sabe lo que hace. Pero el más mínimo sentido común exigiría que la madre de Lydie Poret guardara la sortija en una caja del banco, a la espera...

—¿A la espera de qué, abuela?

—De los acontecimientos.

—Y, ¿por qué no en su propio joyero?

—Porque nunca se sabe. El barón es un hombre muy variable pero, si ha planteado debidamente sus condiciones, la señora Poret no tiene más que sacar a su hija del colegio. De cualquier forma y hasta que todo esto se haya aclarado, me harás el favor de no pasearte en compañía de la pequeña Poret. ¡A quién se le ocurre!

—Pero, abuela ¿y si se casa?

—¿Casarse, con quién?

—¿Con el barón?

La señora Alvarez y su hija se cruzaron una mirada de estupor. «Esta niña me desalienta —había murmurado André— ¿Se habrá caído de otro planeta?».

—Entonces, mi pobre Gastón —dijo la abuela—, ¿es cierta esa ruptura? Quizá sea lo mejor para usted, pero comprendo perfectamente que esté molesto. Ya no sabe una de quién fiarse...

El pobre Gastón la escuchaba bebiendo su ardiente manzanilla. Hallaba en ella tanto consuelo como cuando contemplaba el requemado rosetón de la lámpara, «adaptada a la electricidad» pero conservando su amplio faldón verde nilo. Sobre la mesa, aparecía medio desparramado el contenido de la cesta de costura, junto a los cuadernos que Gilberte se había dejado. Encima del piano vertical, una ampliación fotográfica de Gigi a los ocho meses hacía juego con un retrato al óleo de André, vestida para una representación de *Si yo fuera rey*... Un desorden sin suciedad, el sol primaveral en las cortinas, un suave calor de la salamandra alimentada por un pequeño fuego, forzosamente tenía que resultar tranquilizador para los nervios de un millonario solitario y engañado.

—¿Está realmente triste, mi pobre Gastón?

—Hablando con propiedad, más que triste..., me siento aburrido ya.

—No quisiera ser indiscreta... —dijo la señora Alvarez—. Pero ¿qué sucedió? He leído lo que se ha publicado, desde luego. Pero ¿podemos fiarnos de ello?

Lachaille se llevó una mano al engomado bigotito y luego se pasó los dedos por su pelo duro y corto.

—¡Oh, igual que otras veces...! Esperé a que le hiciera el regalo de cumpleaños y salió disparada. Y a la muy estúpida no se le ocurrió nada mejor que irse a una miserable posada de Normandía... Hasta el más tonto hubiera descubierto que en aquel cuchitril no había más que dos habitaciones; una ocupada por Liane, la otra por un tal Sandomir, profesor de patinaje del Palacio de Hielo.

—¿No es uno que hace bailar el vals Polar a las *five o'clock*? ¡Ah! Las mujeres de hoy no saben guardar las formas. Y justo después de su cumpleaños... ¡Qué falta de tacto...! Es precisamente eso lo que tiene de incorrecto.

La señora Alvarez removió su cuchara en la taza, con el meñique en alto. Cuando bajaba la mirada, sus párpados no llegaban a cubrir del todo los abultados globos de

sus ojos, poniendo de manifiesto su parecido con George Sand.

—Le había regalado un collar —dijo él—. Un collar de consideración: treinta y siete perlas. La del centro era tan grande como mi pulgar.

Y levantó su blanco y cuidado pulgar para que la señora Alvarez pudiera rendir un tributo de admiración a la mencionada perla central.

—Verdaderamente, tiene usted estilo, Gastón, y sabe hacer las cosas.

—Pero esta vez he salido con cuernos.

La señora Alvarez fingió no haber oído la interrupción y prosiguió.

—Si yo fuera usted, me consolaría con otra. Me buscaría una mujer de mundo.

—Pues buen remedio me ofrece... —dijo Lachaille, manejando distraídamente los naipes.

—Sí, se dice que a veces es peor el remedio que la enfermedad —observó discretamente ella—. Es como cambiar un caballo tuerto por uno ciego.

Luego, respetó el silencio de Gastón Lachaille. Un ahogado sonido de piano atravesaba el techo. Sin decir palabra, el visitante tendió la taza vacía, que su anfitriona volvió a llenar.

—¿Va todo bien en la familia? ¿Qué tal está tía Alicia?

—Mi hermana, ya sabe, siempre la misma. Muy reservada, muy mosquita muerta. Siempre dice que prefiere vivir de un hermoso pasado que de un feo presente. Su rey de España, su Milano, su jedive, rajás por paquetes de a seis... ¡Para creérselo! Pero es amable con Gigi. Ahora dice que está algo atrasada y la hace trabajar. La semana pasada le enseñó a comer langosta a la americana de forma impecable.

—¿Para qué?

—Alicia dice que es algo muy útil; sostiene que las tres piedras de toque de una buena educación son la langosta a la americana, los huevos pasados por agua y los espárragos. Dice que la falta de elegancia en la manera de comer ha terminado por desunir a muchos matrimonios.

—Pues, sí, ha ocurrido... —dijo Lachaille, pensativo—. Ha ocurrido.

—¡Oh! Alicia no tiene un pelo de tonta... ya Gigi todo eso le parece muy bien. ¡Es tan golosa! ¡Si tuviera el cerebro tan activo como las mandíbulas! Es como una niña de diez años. Pero, cuénteme, Gastón, ¿qué planes tiene para la Batalla de las Flores? ¿Piensa deslumbrarnos una vez más este año?

—¡Qué demonios, no! —gruñó—. Voy a aprovechar mis desdichas para hacer este año economías en rosas rojas.

La señora Alvarez juntó las manos:

—¡Oh, Gastón, no se le ocurrirá hacer eso! ¡Sin usted, el desfile parecerá un funeral!

—¡Que parezca lo que le dé la gana! —repuso, sombrío.

—¿Cederá el estandarte bordado a una Valérie Cheniaguine cualquiera? ¡Ah, Gastón; no es posible!

—Ya veremos —le respondió—. Valérie cuenta con medios...

—¿Sabe usted de dónde vinieron sus diez mil ramilletes del año pasado? Contrató a tres mujeres durante dos noches y dos días para atarlos... ¡y las flores eran compradas en el mercado! ¡En el mercado! Solamente las ruedas, el látigo del cochero y los arneses llevaban la firma de Lachaume.

—Me anoto el truco —dijo Lachaille, ya más animado—. ¡Vaya, me he comido todo el regaliz!

Los sonoros pasos de Gilberte retumbaron militarmente en el recibidor.

—¿Tú, ya? —le preguntó su abuela—. ¿Qué significa esto?

—Significa —dijo la pequeña— que tía Alicia no se encontraba bien. Lo importante es que me he paseado en el «mec-mec» del títo.

Sus labios se entreabrieron sobre los dientes, que brillaban.

—¿Sabe, títo? Mientras iba en su coche ponía cara de mártir, como si estuviese ya harta de todos los lujos. Me divertí mucho.

Tiró lejos su sombrero; los cabellos le inundaron sienes y mejillas. Se sentó en un taburete bastante alto y se puso las rodillas bajo la barbilla.

—¿Qué hay, títo? Tiene cara de funeral. ¿Quiere que juguemos una partida de *piquet*? Es domingo y mamá no regresa hasta después de la sesión de tarde.

Pero ¿quién se ha comido todo mi regaliz? ¡Ah, títo, nos vamos a ver las caras! ¿Al menos me comprará más?

—¡Gilberte, compórtate! —gruñó la señora Alvarez—. Y baja las rodillas. ¿Crees que Gastón tiene tiempo de ocuparse de tu regaliz? Estírate la falda. Gastón, ¿quiere que la mande a su cuarto?

El joven Lachaille, con los ojos puestos en el ajado mazo de cartas que Gilberte manejaba, luchaba contra unas terribles ganas de llorar un poco, de contar sus penas, de adormilarse en el viejo butacón, y de jugar al *piquet*.

—Deje a la pequeña... Cuando estoy aquí, puedo respirar, descanso... Gigi, me juego diez kilos de azúcar.

—Su azúcar no me apetece. Prefiero los bombones.

—Es lo mismo. Y el azúcar es más sana que los bombones.

—Lo dice porque la fabrica.

—¡Gigi, no seas insolente!

Los apagados ojos de Gastón Lachaille sonrieron:

—Déjela hablar, mamaíta... Y si pierdo, ¿qué quieres, Gigi? ¿Un par de medias de seda?

La gruesa boca infantil de Gilberte hizo un triste mohín:

—Las medias de seda me dan picazón. Preferiría...

Alzó hacia el techo su cara de angelito chato, agachó luego la cabeza y se apartó unos rizos de las mejillas:

—Preferiría un corsé Persephone verde nilo, con tirantes bordados con rosas rococó... No, mejor una cartera de partituras.

—¿Estudias música?

—No, pero mis compañeras de los cursos superiores llevan los cuadernos en carteras de partituras y así parecen alumnas del Conservatorio.

—Gilberte, no te pases —dijo la señora Alvarez.

—Tendrás tu cartera y tu regaliz. Corta, Gigi.

Un instante después, el heredero de la fábrica de azúcar Lachaille disputaba con ardor las puestas. Su gran nariz, que casi parecía postiza, y sus ojos oscuros no intimidaban a su contrincante que, acodada con los hombros a la altura de las orejas e intensificados el azul de sus ojos y el rojo de sus mejillas, parecía un pajecillo algo bebido. Los dos jugaban con pasión y, sin hacer mucho ruido, intercambiaban sordos insultos: «Araña grandota, acedera verde», decía Lachaille. «Nariz de cuervo», replicaba la pequeña. El crepúsculo de marzo descendía sobre la estrecha calle.

—No es una indirecta, Gastón —dijo la señora Alvarez—, pero ya son las siete y media. Permítame que me vaya un momentito a ver la cena.

—¡Las siete y media! —exclamó él—. ¡Y ceno en Lame, con de Dion, Feydeau y uno de los Barthou! La última ronda, Gigi.

—¿Por qué «uno de los Barthou»? —interrogó Gilberte—. ¿Es que hay varios Barthous?

—Hay dos. Uno que es un guapo mozo y otro que no lo es tanto. El más conocido es el que no lo es tanto.

—Pues no me parece justo —dice Gilberte—. Y Feydeau, ¿quién es?

Lachaille soltó las cartas, asombrado.

—¡Venga...! ¡Ella no sabe quién es Feydeau! ¿Es que no vas nunca al teatro?

—Casi nunca, títo.

—¿No te gusta?

—La verdad es que no me entusiasma. Además, la abuela y tía Alicia dicen que el teatro impide pensar en las cosas serias de la vida. Pero no le diga a la abuela que se lo he dicho.

Alzó sobre las orejas el caudal de sus cabellos y, resoplando, los dejó caer:

—¡Uf, qué calor me da esta pelambreira!

—¿Y qué creen que es lo serio de la vida?

—¡Oh!, no lo sé exactamente, títo Gastón. No siempre están de acuerdo. La abuela dice: «Prohibido leer novelas; produce melancolía. Prohibido empolvarse; estropea el cutis. Prohibido ponerse corsé; estropea el talle. Prohibido pararse sola frente a los escaparates de las tiendas... Prohibido conocer a las familias de las compañeras de clase, especialmente a los padres que van a buscar a sus hijas a la salida...».

Hablaba deprisa, jadeando entre frase y frase, como un niño que acaba de andar corriendo.

—Y entonces viene tía Alicia, que se arranca con otra canción: Que he llegado a la edad del corsé... Que debo tomar clases de baile y postura... Y estar al corriente de todo y saber lo que es un quilate y no dejarme deslumbrar por el estilo de las actrices.

«Es muy sencillo», me dice, «de todos los vestidos que veas en escena, no hay uno solo que no resulte ridículo en las carreras...». Bueno, me va a estallar la cabeza... ¿Qué va a comer esta noche en Larue?

—¡Qué sé yo! Supongo que filete de lenguado con mejillones, para variar. Y, naturalmente, pierna de cordero con trufas... Anda, Gigi, sigamos jugando, que tengo cinco cartas.

—Y se cayó de narices. Tengo un juego espectacular. Aquí, comeremos los restos del *cassoulet* recalentado. Me gusta mucho el *cassoulet*.

—Se trata tan solo de *cassoulet* de cerdo —dijo modestamente Inés Alvarez, que volvía—. Esta semana el pato estaba a un precio que no podía ni mirarse.

—Le mandaré uno, de Bon Abri —le dijo Gastón.

—Muchas gracias, Gastón. Gigi, ayuda al señor Lachaille a ponerse el abrigo. Dale su bastón y su sombrero.

Cuando Lachaille se hubo marchado, de mala gana, olfateando y deseando el *cassoulet* recalentado, la señora Alvarez se dirigió a su nieta.

—¿Me quieres decir por qué volviste tan pronto de casa de tía Alicia? No te lo he preguntado delante de Gastón porque los asuntos familiares no deben tratarse ante extraños; acuérdate de eso.

—Pues no es ningún misterio, abuela. Tía Alicia tenía su pañuelo de encaje sobre su cabeza en señal de jaqueca. Me dijo: «No me siento bien». Yo le dije: «¡Oh! Entonces, no quiero cansarte. Me voy». Pero me dijo: «Anda, descansa cinco minutos». «No estoy cansada», le dije; «he venido en coche». «¡En coche!», me dijo, levantando las manos así. Como comprenderás, le había dicho al chófer que esperase dos minutos para enseñárselo a tía Alicia. «Sí», le dije, «el Dion-Bouton-descapotable-cuatro plazas que el tío me ha prestado mientras se quedaba en casa. Ha roto con Liane». «¿Con quién te crees que hablas?», me dijo ella. «Todavía no estoy enterrada, como para ignorar cosas de pública notoriedad. Ya sé que ha terminado con ese pendón. Bueno, vete a casa, en lugar de aburrirte con una pobre anciana enferma como yo». Y cuando subí al coche, me dijo adiós por la ventana.

La señora Alvarez apretaba la boca:

—¡Una pobre anciana enferma! ¡Ella, que en toda su vida ha estado resfriada! ¡Qué cara! Qué...

—Abuela, ¿crees que tío Gastón se acordará de mi regaliz y de mi cartera de partituras?

La señora Alvarez levantó hacia el techo su mirada lenta y pesada.

—Quizá, hijita, quizá.

—Pero, como ha perdido, ¿no me los debe?

—Sí. Sí, te los debe. Seguro que tendrás lo que quieres. Anda, ponte el delantal y prepara la mesa. Guarda las cartas.

—Sí, abuela... Abuela, ¿qué te ha contado de la señora Liane? ¿Es cierto que se largó con Sandomir y el collar?

—En primer lugar, no se dice «se largó». Luego, ven que te sujete ese bucle para que no metas los rizos en la sopera. Y en tercer lugar, no tienes por qué conocer las cosas de una persona que ha actuado en contra del *savoir vivre*. Son asuntos privados de Gastón.

—Pero, abuela, no serán tan privados cuando todo el mundo habla de ello y hasta sale en el *Gil Blas*.

—¡Cállate! Que sepas solamente que la conducta de la señora Liane d'Exelmans es contraria al sentido común. El jamón para tu madre está entre dos platos, déjalo al aire.

Gilberte ya dormía cuando su madre —Andrée Alvar, en letras pequeñas, en los carteles de la Ópera Cómica— volvió. La señora Alvarez madre, que estaba haciéndose un solitario, le preguntó, como de costumbre, si estaba muy cansada. Siguiendo los usos de la cortesía familiar, Andrée le reprochó que se hubiera quedado despierta para esperarla y su madre le replicó, también ritualmente:

—No podía dormirme tranquila hasta saber que habías vuelto. Tienes jamón y un platito de *cassoulet* caliente. Y ciruelas cocidas. La cerveza está en la ventana.

—¿Está acostada la niña?

—Claro.

Andrée Alvar comió vorazmente; los pesimistas suelen tener buen apetito. El maquillaje todavía con seguía hacerla parecer bonita, pero sin él se le veía el rosado borde de los ojos y una boca descolorida. De ahí que la tía Alicia afirmase que los éxitos de Andrée en escena no se repetían en la calle.

—¿Cantaste bien, hija?

Andrée se encogió de hombros.

—Sí, canté bien. Pero ¿de qué me sirve? Como comprenderás, todos los aplausos han sido para Tiphaine. ¡Oh...! No sé cómo puedo aguantar una vida así...

—Tú la elegiste. Pero la aguantarías mejor —le dijo su madre, sentenciosamente— si tuvieras a alguien con quien compartirla. La soledad te ataca los nervios y te hace verlo todo negro. Eres una anormal.

—¡Oh, mamá, no empecemos otra vez! Estoy muy cansada... ¿Hay alguna novedad?

—Nada. No se habla más que de la ruptura de Gastón y Liane.

—Y vaya si se habla, hasta en el mismo escenario de la Ópera Cómica, con lo poco moderna que es.

—Parece un acontecimiento mundial —dijo la señora Alvarez.

—¿Se hacen ya pronósticos?

—¿Cómo se te ocurre? Es demasiado reciente. Él está totalmente hundido. ¿Te creerías que, a las ocho menos cuarto, estaba sentado ahí donde estás tú jugando al *piquet* con Gigi? Dice que no quiere asistir a la Batalla de las Flores.

—¿No?

—No. Y, si no asiste, todo el mundo notará su ausencia. Le he aconsejado que reflexione antes de tomar semejante decisión.

—En el teatro —dijo Andrée— dicen que hay una artista de *music-hall* que tiene muchas posibilidades, una a la que llaman «la Cobra», del Olimpia. Parece que hace un número de acrobacia, en el que la sacan a escena en un cesto no más grande que el que necesitaría un fox-terrier, y que sale de él desenroscándose como una serpiente.

La señora Alvarez avanzó con desdén su grueso labio inferior:

—Gastón Lachaille no se fija en las artistas de *music-hall*. Debes reconocerle que siempre se ha dedicado, como debe hacerlo un soltero de su posición, a las grandes *demi-mondaines*.

—Grandísimas pájaras —murmuró Andrée.

—Cálmate, hija. Nunca ha servido de nada llamar a las cosas y a las personas por su nombre. Las amigas de Gastón suelen tener su empaque. Un amorío con una gran *demi-mondaine* es la única forma conveniente para él de esperar el momento de llegar a un matrimonio de categoría, en el supuesto de que algún día se case. Sea como sea, estaremos en primera fila para ser informadas cuando haya algo nuevo. ¡Gastón tiene tanta confianza conmigo! Quisiera que le hubieras visto pedirme una manzanilla... Un niño, un verdadero niño. Por otra parte, solo tiene treinta y tres años. ¡Y qué peso para sus hombros la fortuna que posee!

Andrée guiñó irónicamente sus rosados párpados.

—Puestos a hacer, mamá, puedes complacerlo. No es un reproche, pero, desde que lo conocemos, tan solo nos ha demostrado confianza.

—No nos debe nada. Y siempre nos ha proporcionado azúcar para nuestras confituras y para mi curasao, y de tiempo en tiempo, un ave de sus granjas y detalles para la niña.

—Si te contentas con tan poco...

La señora Alvarez alzó, majestuosa, la cabeza:

—Pues, sí; me contento con eso. Además, si no me contentara, de poco me iba a servir...

—En resumen, para nosotras, ese Gastón Lachaille tan rico es como si no lo fuera. ¿Crees que nos ayudaría si estuviésemos en un apuro?

La señora Alvarez se llevó afectadamente la mano al corazón.

—Seguro que sí —dijo.

Reflexionó un poco y añadió:

—Pero preferiría no tener que pedírselo.

Andrée volvió a coger *Le Journal*, que publicaba la fotografía de la abandonada:

—Mirándola bien, no es nada extraordinaria.

—Sí —replicó la señora Alvarez—, es extraordinaria. La prueba es la reputación que tiene. La reputación y el triunfo no son efectos del azar. Razonas como esas cabezas de chorlito que dicen: «A mí, un collar de siete vueltas me sentaría tan bien como a la señora de Pougy. Y sabría llevar una gran vida tan bien como ella». Me hacen encogerme de hombros. Anda, llévate el resto de la manzanilla para lavarte los ojos.

—Gracias, mamá. ¿Ha ido Gigi a casa de tía Alicia?

—Sí y, además, en el automóvil de Gastón. Se lo prestó. ¡Un coche que quizá llega a los sesenta por hora! Estaba encantadísima.

—Pobre muñeca, a veces me pregunto qué será de su vida. Es capaz de acabar siendo maniquí o dependienta... Está algo atrasada. Yo, a su edad...

La señora Alvarez lanzó a su hija una mirada llena de objetividad:

—No alardees demasiado de lo que hacías a su edad. Si mis recuerdos son exactos, a su edad, mandaste al diablo a Menesson, que, a pesar de ser harinero,

estaba dispuesto a solucionarte la vida, y te largaste con un profesorcillo de solfeo...

Andrée Alvar besó las sienes cargadas de brillantina de su madre:

—Bueno, mamita, no empecemos a estas horas: tengo tanto sueño... Buenas noches, mamá. Mañana tengo ensayo a las doce y cuarto. En el intermedio, almorzaré en la lechería. No te preocupes.

Con un largo bostezo, cruzó a oscuras el cuartito donde dormía su hija. En la penumbra, solo entrevió de Gilberte una mata de cabello y el galón ruso del camisón. Se encerró en el pequeño aseo y, a pesar de la hora que era, encendió el gas para calentar un cazo de agua. *Madame Alvarez*, entre otras virtudes, había inculcado con gran vigor a su hija el respeto por ciertos ritos y máximas, tales como: «A última hora o en caso de urgencia o viaje, puedes dejar la cara para mañana por la mañana, pero el aseo de los bajos del cuerpo es la misma dignidad de la mujer».

Siempre la última en acostarse, la señora Alvarez era la primera en levantarse y no permitía que la asistenta hiciera el café matutino. Dormía en un diván plegable, en el salón-comedor y, al sonar las siete y media, daba paso a los periódicos, al litro de leche y a la asistenta, una llevando los otros. A las ocho, ya se había quitado sus horquillas ondulatoras y peinado sus hermosos bandos. A las nueve menos diez, limpia y con el cabello cepillado, Gilberte se iba al colegio. A las diez, la señora Alvarez «pensaba» en el almuerzo; es decir, se ponía el impermeable y, con la redecilla colgada del brazo, se iba al mercado.

Hoy, como siempre, después de asegurarse de que Gilberte no se retrasaría, puso en la mesa el hirviente jarro de café y el de la leche, y desplegó un periódico mientras esperaba a su nieta, que entró fresca y oliendo a agua de lavanda, pero todavía soñolienta. Un grito de su abuela acabó de despertarla:

—¡Llama a tu madre, Gigi! ¡Liane d'Exelmans se ha suicidado!

—¡Oh...! —exclamó largamente la niña— ¿Ha muerto?

—¡Claro que no! Sabe cómo hacerlo.

—¿Qué hizo, abuela? ¿Un revólver?

La señora Alvarez miró a su nieta con un gesto de lástima:

—¡Qué va! Tomó láudano, como de costumbre: «Sin poder responder todavía de la vida de la bella desesperada, los doctores Moréze y Pelledoux, que no se apartan de su cabecera, han emitido un diagnóstico tranquilizador»... Mi diagnóstico es que la señora de Exelmans, con tanto láudano, acabará estropeándose el estómago.

—¿Verdad, abuela, que la otra vez se suicidó por el príncipe Georgevitch?

—¡Qué cabeza tienes, querida! Fue por el conde Barthou de Sauveterre.

—¡Ah, es cierto...! Entonces, ¿qué hará ahora el títo?

Los grandes ojos de la señora Alvarez parecieron meditar por unos instantes.

—Será a cara o cruz, hijita. Y pronto lo sabremos, aunque empiece negándose a todas las entrevistas.¹

Siempre hay que empezar negándose a cualquier entrevista. Luego, los periódicos se llenan de ellas. Dile a la portera que nos compre los de la noche. ¿Has dormido bien? ¿Te has tomado la segunda taza de leche y las dos rebanadas? Al salir, ponte los guantes y no te entretengas por el camino. Voy a despertar a tu madre. ¡Qué jaleo...! Andrée, ¿estás durmiendo? ¡Ah!, ¿ya te has levantado? Andrée, Liane se ha suicidado.

—Para variar —gruñó Andrée—. Solo tiene una idea en la cabeza, pero la verdad es que la tiene fija.

—¿Aún no te has quitado los bigudíes?

—¿Para tener el pelo lacio en el ensayo? No, gracias.

La señora Alvarez miró a su hija, desde los bigudíes que parecían cuernos hasta las pantuflas de fieltro:

—Hija, ya se ve que no tienes que temer la mirada de un hombre. La presencia de un hombre cura a una mujer del vicio de andar en peinador y chancletas. ¡Vaya

historia ese suicidio! Naturalmente, ha fracasado.

La pálida boca de Andrée esbozó una despectiva sonrisa:

—¡Ya empezamos a estar hasta la coronilla de las purgas de láudano de esa!

—No pienso en ella, sino en Gastón. Es la primera vez que le pasa algo así. Veamos... Tuvo a Gentiane, que le robó aquellos documentos y, luego, a aquella extranjera que quería casarse a la fuerza. Pero Liane es su primera suicida. ¡En un caso así, un hombre tan conocido debe decidir su actitud con mucho tiento!

—¿Él? ¡Anda ya, estará reventando de orgullo!

—Pues motivos no le faltan —dijo su madre—. Me imagino que dentro de poco veremos grandes cosas. Me pregunto qué dirá Alicia de semejante acontecimiento...

—Tratará de hacer alguna de las tuyas.

—Alicia no es un ángel, pero debo reconocer que tiene una visión muy amplia de las cosas. ¡Y se entera de todo sin salir de su habitación!

—Claro que no necesita salir; para algo tiene teléfono. Por cierto, mamá, ¿sigues sin querer instalar el teléfono?

—Es un gasto —le dijo, con un gesto de preocupación, la señora Alvarez— y ya andamos bastante apretadas... El teléfono solo es realmente útil a los hombres que hacen grandes negocios y a las mujeres que tienen algo que ocultar. Si tú cambiaras de vida —es una suposición— o si Gigi empezara a moverse..., yo sería la primera en decir: «Pongamos teléfono». Pero, lamentablemente, todavía no hemos llegado a eso.

Se permitió lanzar un suspiro, se puso los guantes de goma y pasó a ocuparse tranquilamente de los quehaceres domésticos. Gracias a ella, el modesto pisito envejecía con una cierta dignidad. De su vida pasada, conservaba las honorables costumbres de las mujeres sin honra, y las enseñaba a su hija y a la hija de su hija. Las sábanas permanecían en las camas solamente diez días y la asistenta-lavandera-planchadora contaba a todo el que quería oír la que en casa de la señora Alvarez no daba tiempo a ver ensuciarse las blusas y la ropa interior de las señoras, ni las servilletas. De cuando en cuando y al grito de «¡Gigi, descálzate!», la muchacha tenía que quitarse zapatos y calcetines, facilitar la inspección de unos pies blancos y unas uñas bien cortadas y denunciar la más mínima amenaza de callo.

A lo largo de la semana que siguió al frustrado suicido de la señora de Exelmans, el joven Lachaille actuó con una cierta incoherencia. Dio en su casa una fiesta nocturna en la que bailaron las estrellas de la Academia Nacional de Música y, para una cena, hizo que abriesen el restaurante del Pré-Catelan, quince días antes de la fecha habitual. Actuaron allí los payasos Footit y Chocolat y, por entre las mesas de los comensales, Rita del Erido caracoleó a caballo, llevando una falda pantalón con volantes de encaje blanco, un sombrero blanco sobre su negro cabello y plumas de avestruz blancas espumeando alrededor de su hermoso rostro. Tan hermoso, que todo París anunció que Lachaille la había colocado —a horcajadas— sobre un trono de azúcar. Pero, veinticuatro horas más tarde, todo París se desengañaba. Por haber

publicado falsos pronósticos, el *Gil Blas* a punto estuvo de perder la subvención que Gastón Lachaille le pasaba. Un semanario especializado, *Paris en amour*, anunció otra falsa pista, con el siguiente titular: «Una joven y riquísima yanqui no oculta su inclinación por el azúcar francesa».

Entre tanto, cada vez que leía los periódicos, el opulento busto de la señora Alvarez se veía estremecido por risas de incredulidad, ya que tenía su propia fuente de información en el mismo Gastón Lachaille, que encontró tiempo, dos veces en diez días, para ir a mendigarle una manzanilla y apoyar, en el respaldo de la butaca que le servía como protectora concha, su fatiga de industrial y su melancólico humor de hombre solitario. Incluso regaló a Gigi una ostentosa cartera de partituras, de cuero de Rusia con cierre de plata, además de veinte cajas de regaliz. La señora Alvarez, por su parte, recibió *foie gras* y seis botellas de champaña, generosidades de las que el tío no dejó de beneficiarse, autoinvitándose a cenar. Gilberte, algo bebida, contó durante la comida los chismes que corrían por su colegio y se ganó al *piquet* el portaminas de oro de Gastón. Él lo perdió de buena gana y se echó a reír, señalando a la pequeña: «¡Esta es mi mejor compañera de juego!». Y los ojos españoles de la señora Alvarez iban, cargados de lenta y vigilante atención, de las encendidas mejillas y los blancos dientes de Gigi al joven Lachaille, que le tiraba del pelo: «¡Bribona! ¡Tenías en la manga el cuarto rey!».

Al día siguiente, nadie habló de esta velada familiar, a excepción de Gilberte, que repetía: «¡En mi vida me he reído tanto! ¡Y el portaminas es de oro!». Pero tanta animación se tropezaba con un extraño silencio o con comentarios como: «Venga, Gigi, ¡sé un poquito más formal!», lanzados como distraídamente.

Gastón Lachaille estuvo una quincena sin dar señales de vida ni de presencia, y la familia Alvarez solo estaba informada por los periódicos.

—¿Has visto, Andrée? En las notas de sociedad se habla de la marcha de Gastón a Montecarlo: «Una especie de misterio sentimental, que respetamos, parece rodear este viaje...». ¡Que hablen!

—¡Abuela, imagínate! ¡En clase de baile, Lydie Poret ha dicho que Liane se ha ido en el mismo tren que el dito, pero en otro compartimento...! Abuela, ¿crees que será cierto?

La señora Alvarez se encogió de hombros:

—Si fuese cierto, ¿cómo iban a saberlo las Poret? ¿Acaso se tratan con Lachaille?

—No, pero Lydie lo ha oído decir en el camerino de su tía, que trabaja en la Comedia Francesa.

La señora Alvarez cambió una mirada con su hija:

—¿En el camerino? ¡Ya!

A pesar de que era el trabajo de Andrée, la señora Alvarez despreciaba el oficio de actriz. Cuando la señora Emilienne d'Alençon se puso a hacer juegos con unos conejos sabios o cuando la señora de Pougy, más tímida en escena que una jovencita, se divirtió representando el papel de Colombina vestida de tul negro con lentejuelas,

la señora Alvarez las había rebajado con una sola frase: «¿Cómo han llegado a eso?».

—Abuela, oye, abuela —prosiguió Gilberte—; ¿conoces al príncipe Radziwill?

—¿Qué le pasa hoy a esta chica? ¿Se ha caído de un guindo? En primer lugar, ¿qué príncipe Radziwill? Hay más de uno.

—No lo sé —dijo Gigi—. Uno que se casa. En la lista de regalos hay «... tres juegos de escritorio de malaquita...». ¿Qué es malaquita?

—¡Bah; no des la lata! Desde el momento en que se casa, ya deja de ser interesante.

—Y si tío Gastón se casara, ¿tampoco sería ya interesante?

—Depende. Sería interesante si se casara con su amante. Cuando el príncipe Cheniaguine se casó con Valentine d'Aigreville, quedó claro que no deseaba otra vida que la que ella llevaba dándole desde hacía quince años; es decir, escenas, platos contra la pared, reconciliaciones en el restaurante Durand, de la plaza de la Madeleine. Todo el mundo comprendió que era una mujer que sabía hacerse querer. Pero todo esto es muy complicado para ti, pobrecilla...

—¿Y crees que se ha ido con Liane para casarse con ella?

La señora Alvarez apoyó la frente en el cristal de la ventana y pareció interrogar al sol primaveral que dividía la calle en una mitad cálida y otra, fresca:

—No —dijo—. La verdad es que no sé nada. Tengo que hablar con Alicia. Acompáñame a su casa, déjame allí y vuélvete por los muelles. Así tomarás un poco el aire; por lo visto, ahora hay que tomar el aire. Yo nunca he tomado el aire más que dos veces al año, en Cabourg y en Montecarlo, y no por eso tengo mala salud.

Cuando regresó, era tan tarde que cenaron la sopa tibia y la carne fría, acompañadas por dulces enviados por tía Alicia. Ante los repetidos «¿Y qué cuenta?» de Gilberte, la abuela mostró en todo momento un rostro pétreo, saliéndose por la tangente.

—Cuenta que te enseñaré a comer hortelanos^[1].

—¡Estupendo! —exclamó la chiquilla—. ¿Y qué pasa con el vestido de verano que me prometió?

—Ha dicho que ya verá y que no tendrás motivo de queja.

—¡Ah! —dijo tristemente Gilberte.

—También me ha dicho que el jueves, a las doce, vayas a almorzar a su casa.

—¿Contigo, abuela?

La señora Alvarez contempló a la larguirucha chiquilla que tenía delante, sus pómulos altos y rosados bajo los ojos azules como la noche, unos dientes que mordían los labios frescos y resquebrajados, la salvaje abundancia de los cenicientos cabellos.

—No, dijo finalmente. —Sin mí.

Gilberte se levantó y le pasó un brazo alrededor del cuello:

—Cómo lo dices... Abuela, no me irás a poner de pensionista en casa de tía Alicia... ¡No quiero irme de aquí, abuela!

La señora Alvarez carraspeó, tosió y, finalmente, sonrió:

—¡Dios mío, qué tonta es esta niña! ¡Irse de aquí! ¡Ay, mi pobre Gigi! No se te puede reprochar, pero lo cierto es que la cosa no va por ahí...

Como cordón de campanilla, tía Alicia había colgado en su puerta un galón de perlas adornado con hojas de parra verdes y uvas de color violeta. La puerta, barnizada una y otra vez, parecía húmeda y tenía un brillo como de caramelo oscuro. Desde el umbral, que franqueaba un «sirviente masculino», se saboreaba una atmósfera de discreto lujo. La moqueta, cubierta por alfombras persas, le daba cierto empaque. La señora Alvarez había decidido que el saloncito Luis xv de su hermana era «un puro aburrimiento» y Gilberte repetía: «El salón de tía Alicia es bonito, ¡pero muy aburrido!» y reservaba su admiración para el comedor de pálido limoncillo, en estilo Directorio, sin incrustaciones y cuyo único adorno eran las vetas de aquella madera, transparente como la cera. «Algún día, compraré uno igual», decía, inocentemente.

«Eso es, en el faubourg Antoine», sonreía zumbona tía Alicia, con su boca fina, adornada de dientecitos que aparecían como relámpagos.

Tenía setenta años y gustos muy personales, como un dormitorio de color gris plata con rojos jarrones chinos, un cuarto de baño estrecho, blanco y caluroso como un invernadero, y, por encima de todo, una salud de hierro que disimulaba con fingidas dolencias. Cuando querían describir a Alicia de Saint-Efflam, los hombres de su generación se perdían en un «¡Ah, querido!...» o en un «No puedes hacerte idea...». Quienes habían sido sus amigos íntimos mostraban unas fotografías que a los jóvenes de ahora no les decían nada: «¿De veras era tan bonita? Viendo este retrato, nadie lo diría...». Los viejos enamorados de Alicia soñaban un instante ante sus retratos, donde reconocían una muñeca doblada como un cuello de cisne, una orejita, un perfil en el que se descubría la deliciosa relación existente entre una boca modelada como un corazón y el ángulo muy abierto de los párpados de largas pestañas...

Gilberte besó a la hermosa anciana, que llevaba en la cabeza un tocado de *chantilly* negro. Cubría su cuerpo, algo rechoncho, un vestido casero de tornasolado tafetán.

—¿Tienes jaqueca, tía Alicia?

—Todavía no lo sé —le respondió—; dependerá de lo que coma. Ven, que los huevos ya están listos. Quitate el abrigo; ¿qué vestido es ese?

—Uno de mamá, que me arreglaron. ¿Son huevos difíciles de comer?

—Para nada. Huevos revueltos con pan tostado. Los hortelanos tampoco son difíciles de comer. Y tomarás crema de chocolate. Yo, también.

Con su voz juvenil, amables arrugas realzadas de rosa y encaje sobre los blancos cabellos, tía Alicia parecía estar representando el papel de una marquesa de teatro. Gilberte reverenciaba a su tía de la cabeza a los pies. Al sentarse a la mesa, se estiró la falda, juntó las rodillas, acercó los codos a los costados, encogiendo los omóplatos, y adoptó la compostura de una señorita. Se sabía la lección, partía el pan con delicadeza y comía con la boca cerrada; al cortar la carne, evitaba avanzar el índice sobre el lomo del cuchillo. Una apretada coleta en la nuca descubría los frescos

alrededores de la frente y las orejas y una garganta singularmente vigorosa se mostraba por el algo defectuoso escote del apañadito vestido azul pálido, con el corpiño fruncido en un canesú, arreglo sobre el que habían cosido, para alegrarlo algo, tres hileras de galones *mohair* en el borde de la falda y tres veces tres galones *mohair* en las mangas, entre la muñeca y el hombro.

Sentada frente a su sobrina, tía Alicia la espiaba con sus hermosas pupilas, sin encontrar en ella nada censurable.

—¿Qué edad tienes ya? —le preguntó de pronto.

—Pues como el otro día, tía. Quince años y seis meses. Tía, ¿qué opinas tú de esa historia de tío Gastón?

—¿Por qué? ¿Te interesa?

—Claro que sí, tía. Me preocupa. Si se vuelve a ir con otra señora, ya no vendrá a jugar al *piquet* a casa ni a tomar manzanilla; por lo menos durante algún tiempo. Sería una lástima.

—Evidentemente, no deja de ser un punto de vista...

Con los ojos entornados, tía Alicia miraba a su sobrina de forma crítica.

—¿Cómo van tus estudios? ¿Qué amigas tienes? Los hortelanos, pártelos en dos de un solo golpe firme de cuchillo, que no haga chirriar la hoja en el plato. Cómete luego cada una de las mitades y los huesos, apártalos. Contéstame sin dejar de comer, pero sin hacerlo con la boca llena. Arréglatelas. Si yo lo hago, tú también puedes hacerlo. ¿Qué amigas tienes?

—Ninguna, tía. La abuela ni siquiera me deja ir a merendar a casa de los padres de mis compañeras de clase.

—Hace bien. Y, ¿no tienes a nadie pegado a tus faldas? ¿Algún funcionando de cartera bajo el brazo?

¿Ningún colegial o algún hombre maduro? Te advierto que, si me mientes, acabaré por enterarme.

Gilberte contemplaba el brillante rostro de la autoritaria anciana que tan ásperamente la interrogaba.

—Claro que no, tía; nadie. ¿Te han hablado mal de mí? Siempre ando sola. ¿Por qué me prohíbe la abuela aceptar invitaciones?

—Por una vez, tiene razón. Solamente te invitaría gente vulgar; es decir, inútil.

—Nosotras, ¿no somos vulgares?

—No.

—¿Y qué tiene de menos que nosotras la gente vulgar?

—Pues, la cabeza débil y el cuerpo libertino. Además, están casados. Pero no creo que lo comprendas.

—Sí, tía; comprendo que nosotras..., nosotras no nos casamos.

—El matrimonio no nos está prohibido. Lo que sucede es que, en lugar de casarse «ya», una se casa «finalmente».

—¿Y por eso no me dejan alternar con chicas de mi edad?

—Sí. ¿Te aburres en casa? Abúrrate un poco, que eso no es malo. El aburrimiento favorece las decisiones. Pero ¿qué es eso? ¿Una lagrimita? Una lagrimita de tontita atrasada. Anda, coge otro hortelano.

Tía Alicia rodeó con tres resplandecientes dedos el pie de su copa y la levantó:

—¡A nuestra salud, Gigi! Con el café, te daré un *khedive*, pero a condición de no ver que mojas la punta del cigarrillo y que fumes sin escupir briznas de tabaco haciendo «ptu, ptu»... También te daré una nota para un desfile de modelos en casa de Béchoff-David, una vieja amiga que no ha tenido mucha suerte. Tu guardarropa cambiará. Quien nada arriesga, nada gana.

Los ojos azul oscuro brillaron. Gilberte tartamudeó de alegría:

—¡Tía, tía! Iré a... Bé... Bé...

—... choff-David. Pero pensaba que no eras nada presumida...

Gilberte enrojeció:

—No soy presumida para los vestidos que me hacen en casa.

—Comprendo. ¿Tendrás gusto? Cuando piensas en ponerte guapa, ¿cómo te ves?

—¡Oh! ¡Sé muy bien lo que me favorecería! He visto...

—Habla sin moverte. Gesticular resulta muy vulgar.

—He visto un modelo... ¡Oh! Un modelo creado para la señora Lucy Gérard... Centenares de plieguecitos en muselina de seda gris perla, de arriba abajo... Y luego, un vestido de paño recortado, azul lavanda, sobre fondo de terciopelo negro; el dibujo recortado hace como una cola de pavo...

La manita cargada de hermosa pedrería brilló en el aire.

—¡Basta, basta! Veo que tienes tendencia a vestir como una actriz... Y no lo tomes como un cumplido. Ven a servir el café. Y sin levantar el pitón de la cafetera de golpe, para cortar la gota. Prefiero un baño de pies en el plato que virtuosismos de camarero.

La hora que siguió le pareció corta a Gilberte: tía Alicia había entreabierto un joyerito para una deslumbrante lección.

—¿Qué es esto, Gigi?

—Un diamante lanzadera.

—Se dice brillante lanzadera. ¿Y esto?

—Un topacio.

Tía Alicia alzó las manos, que la luz del sol, rebotando sobre sus sortijas, salpicó de chispitas:

—¡Un topacio! He sufrido muchas humillaciones, pero esta excede a todas. ¡Un topacio entre mis joyas! ¿Y por qué no un aguamarina o un peridoto? ¡Es un brillante junquillo, tontísima! ¡Y no verás muchos como este! ¿Y esto?

Gilberte entreabrió la boca y se puso soñadora:

—¡Oh! Una esmeralda... ¡Es preciosa!

Tía Alicia se puso la gran esmeralda cuadrada en su fino dedo y guardó silencio unos instantes.

—¿Ves? —le dijo a media voz—. Esa llama casi azul que corre por el fondo del verde resplandor... Solo las esmeraldas más hermosas encierran ese milagro de casi imperceptible azul...

—¿Quién te la regaló, tía? —preguntó Gilberte.

—Un rey —le contestó simplemente su tía.

—¿Un gran rey?

—No, uno pequeño. Los grandes reyes no suelen regalar piedras muy hermosas.

—¿Por qué?

Tía Alicia mostró por un instante el blanco de sus dientes:

—Si quieres mi opinión, es porque no les gusta. Pero, entre nosotras, a los pequeños tampoco.

—Entonces, ¿quiénes regalan hermosas piedras?

—¿Quiénes? Los tímidos. Los orgullosos, también. Los groseros, porque se piensan que regalando una joya monstruosa dan muestra de buena educación. A veces, una mujer, para humillar a un hombre. Nunca llesves joyas de segunda categoría; espera a que te lleguen las de primera clase.

—¿Y si no llegan?

—Tanto peor. Antes que un mal diamante de tres mil francos, ponte una sortija de cuatro cuartos. En ese caso, di: «Es un recuerdo; lo llevo día y noche». Nunca uses joyas artísticas; desprestigian totalmente a una mujer.

—¿Qué es una joya artística?

—Eso depende. Una sirena de oro, con ojos de crisopasa. Un escarabajo egipcio. Una enorme amatista grabada. Un brazalete no muy grueso, pero del que se dice que está cincelado por una mano maestra. Una lira, una estrella montada en broche. Una tortuga incrustada. En fin, unos horrores. Nunca llesves perlas extravagantes ni alfileres de sombrero. ¡Y cuidado con la joya de la familia!

—Pues la abuela tiene un camafeo muy bonito, montado en un medallón.

—No hay camafeos bonitos —dijo Alicia moviendo la cabeza—. Hay piedras preciosas y perlas. Hay brillantes blancos, amarillos, azules o rosados. No hablemos de los diamantes negros, no valen la pena. Hay el rubí, cuando una está segura de él. El zafiro, cuando es de Cachemira. La esmeralda, con tal que no tenga en sus aguas ese no sé qué de claro, de amarillento...

—A mí me gustan mucho los ópalos.

—Lo siento. Pero no los llevarás. Me opongo.

Estupefacta, Gilberte se quedó un momento con la boca abierta.

—¡Oh...! ¿Tú también crees que dan mala suerte?

—¿Y por qué no...? Tontita —prosiguió Alicia en tono ligero—, hay que fingir que se cree en ello. Cree en los ópalos, cree... ¿qué más podría decirte...? En las turquesas que se mueren, en el mal de ojo...

—Pero —dijo Gigi, vacilante— si son... son supersticiones.

—Claro que sí, hijita. También se las llama debilidades. Una buena cantidad de

debilidad y el miedo a las arañas es nuestro equipaje indispensable ante los hombres.

—¿Por qué, tía?

La anciana cerró el joyero y se dirigió a Gilberte, que estaba arrodillada ante ella:

—Porque de cada diez hombres, nueve son supersticiosos; de veinte, diecinueve creen en el mal de ojo y un noventa por ciento tiene miedo de las arañas. Nos perdonan... muchas cosas, pero nunca el que estuviésemos libres de lo que a ellos les preocupa... ¿Qué te pasa; por qué suspiras?

—Nunca recordaré todo esto...

—Lo importante no es que lo recuerdes, sino que yo lo sepa.

—Tía, ¿qué es un juego de escritorio de... de malaquita?

—Una calamidad, en cualquier caso. Pero, Dios santo, ¿quién te enseña esas palabras?

—La lista de regalos de las bodas de rumbo, en los periódicos.

—¡Pues vaya lecturas! Pero, en fin, siempre puedes aprender cuáles son los regalos que no deben hacerse ni recibirse...

Mientras hablaba, con una afilada uña toqueteaba por aquí y por allá el juvenil rostro de su sobrina. Levantaba un labio cortado, comprobaba el impecable esmalte de los dientes.

—¡Unas buenas mandíbulas, hija! Con unos dientes así, me hubiera yo comido París y el extranjero. Aunque bien es cierto que me comí un buen pedazo... ¿Qué tienes ahí? ¿Un granito? No debes tener granitos junto a la nariz. ¿Y aquí? Te apretaste una espinilla. No debes tener ni apretar espinillas. Te daré un poco de mi agua astringente. Del cerdo solo debes comer jamón cocido. ¿No te pones polvos?

—La abuela me lo tiene prohibido.

—Así lo espero. ¿Vas con regularidad al servicio? A ver, soplame en la nariz. Además a esta hora, esto no demuestra nada; acabas de comer...

Puso las manos en los hombros de Gilberte:

—Fíjate en lo que te digo: tú puedes gustar. Aunque tienes una naricita imposible, una boca sin estilo, los pómulos de un *mujik*...

—¡Oh, tía! —gimió la muchacha.

... Pero bueno, si no eres completamente idiota, puedes compensarlo con los ojos, las pestañas, los dientes y el pelo. Y en lo que se refiere al cuerpo...

Ella hizo círculos con sus palmas sobre el pecho de Gigi y sonrió:

—Es un proyecto...; pero un proyecto bonito, bien puesto. No comas demasiadas almendras, que engordan. ¡Ah!, recuérdame que debo enseñarte a escoger cigarros.

Gilberte abrió tanto los ojos que las puntas de las pestañas le llegaron a las cejas:

—¿Por qué?

Recibió un cachetito en la mejilla.

—Porque sí. Nunca hago nada sin motivo. Si me ocupo de ti, debo ocuparme de todo. Cuando una mujer conoce los gustos de un hombre, incluidos los cigarros, cuando un hombre sabe lo que le gusta a una mujer, están entonces bien armados uno

contra otro...

—Y se pegan —concluyó Gilberte con un tonillo de astucia.

—¿Cómo, que se pegan?

La anciana la miró, consternada:

—¡Ah! —dijo—. Desde luego, no has inventado la pólvora... Ven, psicóloga; te daré unas líneas para la señora Henriette de Béchoff...

Mientras escribía, sentada en un minúsculo y rosado escritorio, Gilberte aspiraba el aroma de la cuidada estancia, repasaba sin codicia los muebles que a la vez tan familiares y tan desconocidos le resultaban: el Amor Sagitario marcando las horas sobre la chimenea, dos cuadros de tema galante, la cama en forma de pilón y su cobertor de chinchilla, el rosario de finas perlitas y el libro de los Evangelios sobre la mesilla de noche, dos lámparas de China rojas, en perfecta combinación con el gris del papel de la pared...

—Vete, hijita. Ya te llamaré. Pídele a Víctor el pastel para llevarte. Despacio, ¡no me despeines! Te miraré cuando salgas. ¡Y pobre de ti si caminas como un granadero o si arrastras los pies!

El mes de mayo trajo de vuelta a Gaston Lachaille a París y dotó a Gilberte de dos vestidos bien hechos y un abrigo ligero —un «abrigo-saco», a lo Cléo de Mérode, como Gigi decía—, además de sombreros y zapatos. Se había puesto algunos ricitos en la frente, que únicamente sirvieron para darle un toque vulgar. Con un vestido azul y blanco, que casi llegaba al suelo, se pavoneó ante Gaston: «¡Mi falda tiene cuatro metros veinticinco de ancho, dito!». Mostraba ufana su esbelta cintura, ceñida por una cinta con hebilla de plata. Sin embargo, maquinalmente trataba de liberarse la bonita y musculosa garganta, encerrada en un cuello de ballenas de «imitación venecia», igual que el fruncido corpiño. Las mangas y la ancha falda, de *toile de soie* a rayas blancas y azules, crujían ligeramente y Gilberte se ahuecaba coquetonamente los vuelos de las mangas, algo más abajo del hombro.

—Pareces un mono sabio —le dijo Lachaille—. Me gustabas más con tu vestido escocés. Con ese cuello que tanto te molesta, pareces una gallina que se hubiese tragado una mazorca de maíz demasiado grande. Mírate.

Ofendida, se miró al espejo. Un enorme caramelo, traído de Niza por Gaston, le abultaba la mejilla.

—He oído hablar mucho de usted, dito —replicó—; pero nunca que tenga gusto en lo que se refiere a vestimentas.

Él miró sorprendido a esa nueva muchacha mayor y se encaró con la señora Alvarez:

—¡Pues vaya educación que le da! ¡La felicito!

Y salió al instante, sin beberse su manzanilla. La señora Alvarez juntó las manos.

—¡Qué nos has hecho, mi pobre Gigi!

—Bueno —le replicó la chica—; pero ¿por qué me pincha? ¡Al menos, ha visto que le sé contestar!

Su abuela le sacudió un brazo:

—¡Pero, date cuenta, desgraciadita! Dios mío... ¿cuándo vas a empezar a razonar? ¡Es un hombre al que quizá has ofendido mortalmente! Justo en el momento en que nos esforzamos...

—¿En qué, abuela?

—Pues... en todo; en hacer de ti una jovencita elegante, en mostrarte lo más favorecida posible...

—¿Para quién, abuela? ¡Reconocerás que para un viejo amigo como el tío Gaston no hace falta partirse el pecho!

La señora Alvarez no reconoció nada. Ni siquiera mostró sorpresa al día siguiente, cuando vio aparecer a un jovial Gaston Lachaille, vestido de claro.

—¡Ponte un sombrero, Gigi! Te llevo a merendar.

—¿A dónde? —gritó ella.

—¡A los Réservoirs, a Versalles!

—¡Estupendo, estupendo, estupendo! —canturreó Gilberte.

Se fue a la cocina:

—¡Abuela, voy a merendar a los Réservoirs con el tío!

La señora Alvarez apareció sin quitarse siquiera el delantal floreado que receñía el vientre y puso su gordezuela mano entre el brazo de su nieta y el de Gaston Lachaille:

—No, Gaston —dijo sosegadamente.

—¿Cómo, no?

—¡Oh, abuela...! —gimoteó la muchacha.

La señora Alvarez no pareció oírla.

—Vete un momento a tu cuarto, Gigi. Debo hablar a solas con el señor Lachaille.

Esperó a que saliera, cerró la puerta y, al regresar frente a Gaston, soportó sin inmutarse una negra mirada bastante dura.

—¿Qué significa esto, mamáita? Óigame, ¿qué pasa? Desde ayer, encuentro aquí algo cambiado.

—Siéntese, Gaston, por favor; estoy cansada —le dijo—. ¡Ah, mis pobres piernas...!

Suspiró, esperó una muestra de interés por sus piernas, que no llegó, y se desanudó el delantal con peto, bajo el que llevaba un vestido negro adornado con un gran camafeo. Señaló una silla a su visitante y se acercó a su butaca. Se sentó pesadamente, alisó sus bandos negros y grises, y cruzó las manos sobre las rodillas. El lento movimiento de sus grandes pupilas de un negro rojizo y su capacidad para permanecer inmóvil demostraban que era dueña de sí misma.

—Gaston, ya sabe de mi amistad por usted...

Lachaille se permitió una risita de hombre de negocios y se mesó un poco el bigote.

—Amistad y gratitud. Sin embargo, no puedo olvidar que tengo que cuidar de una niña. Andréé, como usted sabe, no tiene tiempo ni le gusta ocuparse de ella. Además, nuestra Gilberte no es espabilada como otras. Es una verdadera niña...

—De dieciséis años —la interrumpió Lachaille.

—Que pronto tendrá dieciséis años —admitió la señora Alvarez—. Hace mucho tiempo que usted le regala bombones y fruslerías. Ella adora al tío Gaston. Ahora quiere llevarla a merendar, en su coche, a los Réservoirs...

La señora Alvarez se llevó una mano al pecho:

—En lo más profundo de mi corazón, Gaston, si solamente fuera por usted y por mí, le diría: «Llévese a Gilberte a donde quiera, se la confío con los ojos cerrados». Pero están los demás... Usted es universalmente conocido. Salir a solas con usted, para una mujer es...

Gaston Lachaille perdió la paciencia:

—¡Está bien, está bien, lo he comprendido! ¿Quiere hacerme creer que, solo por merendar conmigo, Gigi se comprometería? Una pizquita de mujer, una acedera verde, una cría a la que nadie conoce y a la que nadie tampoco mira...

—Digamos mejor —le interrumpió suavemente la señora Alvarez— que quedaría

«atribuida». Cuando usted aparece en alguna parte, Gaston, su presencia es advertida. Una muchachita que salga a solas con usted ya no es una muchachita corriente. Ni siquiera, una muchachita... Nuestra Gilberte no debe dejar de ser una muchachita corriente, al menos de esa manera. Para usted, lo que dijeran sería una murmuración más; pero yo ya no tendría valor para reírme después, leyendo ciertas habladurías en el *Gil Blas*.

Gaston Lachaille se levantó y dio unos pasos, de la mesa a la puerta y de la puerta a la ventana, antes de contestar:

—Bien, mamaíta, no quiero disgustarla. No voy a discutir —dijo fríamente—. Guárdese su chiquilla.

Se volvió hacia ella, con la barbilla alzada:

—Entre paréntesis, me pregunto para quién la guarda. ¿Para un empleado de dos mil cuatrocientos francos, que se casará con ella y le hará cuatro críos en tres años?

—Sé cuál es el papel de una madre —le dijo la señora Alvarez pausadamente—. Haré todo lo posible para entregar a Gigi a un hombre capaz de decir: «Me hago cargo de ella y voy asegurarme de que nada le falte». ¿Tendré el placer de prepararle una manzanilla, Gaston?

—No, gracias, tengo prisa.

—¿Quiere despedirse de Gigi?

—Déjelo; ya la veré cualquier otro día. Pero no sé cuándo. Esta temporada tengo muchos compromisos.

—No importa, no se preocupe por ella. Que se divierta, Gaston...

Una vez sola, la señora Alvarez se secó el sudor que le cubría la frente y fue al cuarto de Gilberte:

—Escuchabas tras la puerta, Gigi.

—No, abuela.

—Sí lo hacías. Nunca hay que escuchar detrás de una puerta. Es la manera de comprender las cosas al revés y de interpretar mal las palabras. El señor Lachaille se ha marchado.

—Ya lo veo —dijo Gilberte.

—Tienes que frotar las patatas con un trapo; cuando vuelva las saltaré.

—¿Sales, abuela?

—Voy a casa de tía Alicia.

—¿Otra vez?

—¿Tienes algo que objetar? —le contestó severamente—. Harías mejor en lavarte los ojos con agua fría, ya que has sido lo bastante tonta para llorar...

—Abuela...

—¿Qué?

—¿Por qué no me dejaste salir con títo Gaston y mi vestido nuevo?

—¡Cállate! Si no eres capaz de entender nada, deja al menos razonar a los que son capaces de hacerlo. Y para frotar las patatas, ponte mis guantes de goma.

La ley del silencio cayó durante una semana sobre la casa de la familia Alvarez, hasta que un día se presentó por sorpresa tía Alicia. Llegó en berlina, vestida de encaje negro y seda mate, con una rosa prendida cerca del hombro, y mantuvo un acalorado aparte con su hermana menor. Antes de marcharse, apenas dedicó un instante a Gilberte; le dio un sonoro beso en la mejilla y salió.

—¿Qué quería? —le preguntó la joven a su abuela.

—¡Oh! Nada... La dirección del médico que le examinó el corazón a la señora Buffetery.

Gilberte reflexionó un momento:

—Pues sí que debe ser larga...

—¿Qué cosa?

—La dirección del médico. Anda, abuela, dame un sello; tengo jaqueca.

—Ya tuviste ayer. Una jaqueca no dura cuarenta y ocho horas.

—Mis jaquecas no son como las de los demás —dijo, ofendida.

Había perdido parte de su antigua dulzura. Cuando volvía del colegio, decía: «¡El profesor me tiene manía!». Se quejaba de insomnio y se dejaba llevar por una pereza que su abuela, más que combatirla, vigilaba estrechamente. Un día en que Gigi se dedicaba a untar de tiza líquida sus botines de lona blanca con cordones, Gastón Lachaille se presentó sin llamar. Tenía el pelo demasiado largo, la cara bronceada y llevaba un traje de verano de cuadros difuminados. Se paró en seco frente a ella, que estaba encaramada en un taburete de la cocina y con un botín en la mano izquierda.

—¡Oh...! La abuela dejó la llave en la puerta. ¡Siempre hace lo mismo!

Como Gastón Lachaille no decía nada y solamente la miraba, ella enrojeció lentamente. Dejó la botita sobre la mesa y se estiró la falda.

—¡Venga, títo, entra usted como un ratero! Y está más delgado. ¿No le alimenta bien su famoso chef, el antiguo cocinero del príncipe de Gales? Al estar más flaco, se le ven los ojos más grandes, pero también la nariz más larga y...

—Tengo que hablar con tu abuela —la interrumpió Gastón Lachaille—. ¡Vete a tu cuarto, Gigi!

Ella se quedó boquiabierta un instante; luego, saltó del taburete. Estiró su vigorosa garganta de arcángel y se dirigió a Lachaille:

—«¡Vete a tu cuarto! ¡Vete a tu cuarto!». ¿Y si yo le dijera lo mismo? Pero ¿quién es usted para decirme que me vaya a mi cuarto? Bien, ¡me voy a mi cuarto! Y le voy a decir otra cosa: ¡mientras esté usted aquí no voy a salir!

Salió dando un portazo a sus espaldas, que hizo restallar teatralmente el picaporte.

—Gastón —susurró la señora Alvarez—, le exigiré a esa niña que se disculpe; se lo exigiré, si hace falta, le...

Pero él no la escuchaba y solamente miraba aquella puerta cerrada.

—Ahora, mamáita —dijo—, hablemos poco y bien...

—Recapitulemos —dijo tía Alicia—. ¿Estás segura de que Gaston dijo: «Estará mimada como...»?

—¡Como ninguna mujer lo ha estado!

—Sí, pero es una frase vaga que todos los hombres dicen. Yo prefiero las cosas concretas.

—No faltarán, Alicia. Ha dicho que quiere asegurar a Gigi contra cualquier riesgo, incluso contra sí mismo, que él era un poco como su padrino.

—Sí... sí... No está mal, no está mal... Pero, vaguedades, siempre vaguedades...

La anciana estaba todavía en la cama, sus blancos cabellos, sueltos en rizos, reposaban sobre una almohada rosa. Con gesto de preocupación, anudaba y desanudaba la cinta de su camisón. La señora Alvarez, pálida y sombría como la luna y la nube bajo su sombrero de mañana, apoyaba en la cabecera los brazos fuertemente cruzados.

—Añadió: «No quiero precipitar nada. Por encima de todo, soy el mejor amigo de Gigi. Le daré tiempo para que se acostumbre a mí...». Se le saltaban las lágrimas. Incluso dijo: «No tendrá que vérselas con un salvaje...». En fin, un caballero. Un verdadero caballero.

—Sí... sí... Un caballero algo vago... ¿Le hablaste claro a la niña?

—Como debía, Alicia. Ya no era momento de tratarla como a una niña a la que se le esconden los dulces. Sí, le hablé claro. Le hablé de Gastón como de un milagro, como de un dios, como...

—Tt, tt, tt —le reprochó Alicia—. Yo hubiera más bien resaltado la dificultad, la jugada, el furor de todas esas mujeres, el triunfo sobre un hombre tan conocido...

La señora Alvarez juntó las manos:

—¡La dificultad! ¡La jugada! ¿Te crees que Gigi es como tú? No la conoces; ella no tiene esa malicia, ella...

—Vaya, gracias.

—Quiero decir que no tiene nada de ambición. Hasta me sorprendió ver que no reaccionaba ni de una forma ni de otra. Nada de gritos de alegría, nada de lágrimas de emoción. Todo lo que le pude oír fue: «¡Oh, sí...! ¡Oh! Es muy amable por su parte...». Solamente, al final, puso como condición...

—¡Lo que hay que oír! —murmuró Alicia.

—... Que ella misma contestaría a las proposiciones del señor Lachaille y que se explicaría con él. Que, en suma, era un asunto suyo.

—Pues me temo que podemos esperar lo peor. Es una inconsciente. Le irá a pedir la luna y... lo conozco; no se la dará. ¿Dijo que llegaría a las cuatro? —Sí.

—¿No ha mandado nada? ¿Flores? ¿Un bibelot?

—Nada. ¿Crees que es mala señal?

—No. Es muy suyo. Procura que la pequeña se vista con algo de gracia. ¿Tiene buena cara?

—Hoy, no muy buena. Pobre ratoncito...

—Venga, venga... —dijo Alicia ásperamente—. Deja el lloriqueo para otro día... cuando ella lo haya echado todo a rodar.

—Casi no has comido, Gigi.

—No tenía apetito, abuela. ¿Puedo tomar algo más de leche?

—Claro.

—¿Y una gota de Combier?

—Por supuesto. El Combier es bueno para el estómago.

Por la ventana abierta entraban los ruidos y la tibieza de la calle. Gilberte mojaba la punta de la lengua en fondo del vaso de licor.

—¡Si te viese tía Alicia! —le dijo su abuela con ligereza.

Gigi solo le contestó con una escéptica sonrisa. Su viejo vestido escocés le apretaba en el pecho y, al terminar la falda, ella estiraba bajo la mesa las largas piernas.

—¿Qué ensaya hoy mamá, que no ha almorzado con nosotras? ¿Crees de verdad que tiene ensayo en la Ópera Cómica?

—Si nos lo ha dicho.

—Pues yo creo que no ha querido almorzar hoy aquí.

—¿Por qué piensas eso?

Sin apartar la vista de la soleada ventana, se encogió de hombros:

—¡Oh! Por nada, abuela...

Cuando acabó el Combier, se levantó y empezó a recoger la mesa.

—Deja eso, Gigi; ya la quito yo.

—¿Por qué, abuela? Lo hago siempre.

Y clavó en los ojos de la señora Alvarez una mirada que esta no fue capaz de sostener.

—Hemos almorzado tarde. Casi son las tres y todavía no te has vestido. Compréndelo, Gigi...

—Sería la primera vez que necesite una hora para arreglarme.

—¿No me necesitas? ¿Te has rizado bien el pelo?

—Sí, bastante, abuela. Cuando llamen, no te molestes; ya iré a abrir yo.

A las cuatro en punto, Gastón Lachaille llamaba tres veces. Un rostro infantil y preocupado asomó por la puerta de su habitación y escuchó. Después de otros tres campanillazos más impacientes, Gilberte avanzó hasta el centro de la sala. Llevaba el viejo vestido escocés y sus medias de hilo. Se frotó las mejillas con los dos puños cerrados y corrió a abrir la puerta.

—Buenas tardes, tío Gastón.

—¡Mala! ¿No me querías abrir?

Al cruzar el umbral, se rozaron los hombros y se dijeron: «¡Oh, perdón!», en tono apagado. Y entonces se echaron a reír tontamente.

—Pero, siéntese, por favor. Imagínese que no he tenido ni tiempo de vestirme. ¡No estoy tan elegante como usted! ¡Desde luego, no he visto mejor sarga azul marino!

—No entiendes nada; es cheviot.

—Es cierto. ¿Dónde tendré la cabeza?

Se sentó ante él, se cubrió las rodillas con la falda y se miraron. La infantil seguridad de Gilberte desfalleció y una especie de súplica agrandó sus ojos azules desmesuradamente.

—¿Qué te pasa, Gigi? —le preguntó Lachaille a media voz—. ¿No tienes nada que decirme?... ¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella afirmó de un cabezazo.

—¿Quieres o no quieres? —le preguntó él, en un susurro.

Ella se pasó un rizo por detrás de la oreja y, animosamente, tragó saliva:

—No quiero —dijo.

Lachaille tiró con dos dedos de las puntas de su bigote y, por un momento, apartó su mirada de unos ensombrecidos ojos azules, de una peca, de una mejilla rosada, de unas pestañas curvas, de una boca que ignoraba su poder, de una tupida cabellera cenicienta y de un cuello torneado como una columna, vigoroso, liso, limpio de todo adorno...

—No quiero lo que usted quiere —prosiguió—. Usted le dijo a la abuela...

Él la interrumpió tendiéndole una mano. Tenía la boca algo torcida, como si le dolieran las muelas:

—Sé perfectamente lo que le dije a tu abuela. No tienes que repetirlo. Dime solamente lo que tú no quieres. También puedes decirme lo que quieres... Yo te lo daré.

—¿De veras? —exclamó Gilberte.

Él asintió, bajando los hombros como si se sintiera muy cansado. Ella contemplaba, sorprendida, esas muestras de fatiga y de tormento.

—Títo, usted le dijo a la abuela que quería protegerme.

—Protegerte magníficamente —dijo él con firmeza.

—Será magnífico, si me gusta —le replicó ella, con no menos firmeza—. Me han repetido una y otra vez que estoy algo atrasada para mi edad; de todas formas, sé lo que son las cosas. Protegerme significa que me tendría que ir de aquí con usted, y que dormiría en su cama...

—Te ruego, Gigi...

Ella se detuvo porque, efectivamente, el tono de su voz era realmente suplicante.

—Pero, títo, ¿por qué me voy a sentir confusa al hablarle de esto, si usted no se ha sentido confuso al decírselo a la abuela? Y, cuando ella me lo dijo, tampoco me pareció que se sintiese confusa. Pero sé de sobra que, si usted me protege, tendrá que salir mi retrato en los periódicos y que iré a la Batalla de las Flores y a las carreras y a Deauville. Cuando nos enfademos, el *Gil Blas* y el *Paris en amour* lo comentarán... Y, cuando usted me deje plantada para siempre, como hizo cuando se cansó de Gentiane des Cévennes...

—Pero ¿cómo te has enterado de todo eso? ¿Quién te ha contado esas historias?

Ella inclinó con gravedad la cabeza.

—La abuela y tía Alicia. Me dijeron que tiene usted una fama mundial. También sé que Maryse Chuquet le robó unas cartas y que usted la denunció. Sé que la condesa Pariewsky no estaba contenta porque usted no se quería casar con una divorciada, y que le pegó un tiro... Sé lo que todo el mundo sabe.

Lachaille puso una mano en la rodilla de Gilberte:

—Tú y yo, Gigi, no tenemos por qué hablar de todo eso. Se acabó. Ya pasó.

—Claro, tiíto, hasta que vuelva a empezar. No es culpa suya si es usted mundial. Pero yo no tengo fama mundial. Así que no me gusta nada el acuerdo.

Al tirar del borde de la falda hizo resbalar de su rodilla la mano de Gastón.

—Tía Alicia y la abuela están de acuerdo con usted. Pero, como de todas formas yo algo tengo que ver en esto, me parece que bien puedo decir lo que pienso. Y lo que pienso es que no me gusta.

Se levantó y se paseó por la habitación. El silencio de Gastón Lachaille parecía confundirla. Iba y venía murmurando: «Es cierto, no... ¡Pero, sin embargo, qué!...».

—Quisiera saber —dijo él, finalmente— si no tratas, sencillamente, de decirme que no te gusto... Si es así, vale más que me lo digas de una vez.

—¡No, tiíto; si usted me gusta! ¡Y siempre me alegro de verlo! La prueba es que, a mi vez, le voy a proponer algo. Seguirá viniendo aquí como de costumbre y, si quiere, incluso más a menudo. Nadie lo verá mal, ya que es amigo de la familia. Me traerá regaliz, champaña el día de mi santo; los domingos jugaremos un piquet monstruo... ¿No es una vidita de las buenas? Una vida sin todos esos líos de dormir en su cama y que todo el mundo lo sepa, de perder un collar de perlas, de andar siempre fotografiada y alerta, de...

Retorcía maquinalmente, alrededor de la nariz, un mechón de cabello y lo hacía tan fuerte que gangueaba y la punta de la nariz se le ponía morada.

—¡En efecto, una vidita de las buenas! —la interrumpió Gastón Lachaille—. Solo olvidas una cosa, Gigi; y es que estoy enamorado de ti.

—¡Ah! —exclamó ella—. Nunca me lo había dicho.

—Pues —le confesó él, torpemente—, ahora te lo digo.

Ella permanecía de pie frente a él, silenciosa y respirando aguadamente. Su confusión no la libraba de nada; ni el doble batir de su pecho bajo el apretado corpiño, ni un dolido rubor en lo alto de las mejillas, ni la palpitación de la boca cerrada, pero destinada a abrirse y a saborear...

—¡Eso es otra cosa! —exclamó por fin—. ¡Entonces, es usted un hombre abominable! Está enamorado de mí pero quiere arrastrarme a una vida en la que solo tendría penas, en la que todos cotillean de todos y los periódicos escriben maldades... Está enamorado de mí, y no le importa meterme en odiosas aventuras que terminan con separaciones, disputas, Sandomir, revólveres y láu... y láudano...

Estalló en violentos sollozos, ruidosos como un ataque de tos. Gastón la cogió entre los brazos para inclinarla hacia él como una rama, pero ella huyó y se refugió entre el piano y la pared.

—Pero, oye, Gigi... Escúchame...

—¡Nunca! ¡No quiero volver a verlo nunca más! Nunca lo hubiera creído de usted... ¡Usted no es un enamorado; es un mal hombre! ¡Váyase de aquí!

Se apretaba los ojos con las manos. Gastón buscaba, en aquella carita tan bien defendida, lugar para un beso. Pero sus labios solo encontraban el borde de una pequeña barbilla cubierta de lágrimas. Al oír los sollozos, la señora Alvarez acudió. Pálida y circunspecta, se mantuvo vacilante en el umbral de la cocina:

—¡Santo Dios, Gastón! ¿Qué pasa?

—¡Oh! —le dijo Lachaille—. ¡Pasa que ella no quiere!

—No quiere... —repitió la anciana—. ¿Cómo, no quiere?

—¡No, no quiere! ¡Creo que hablo con claridad!

—¡No, no quiero! —pio Gigi.

La señora Alvarez miraba a su nieta con una especie de espanto.

—Gigi... ¡Si es como para darse de cabezazos contra las paredes! Gigi, si te dije... Gastón, Dios es testigo de que le dije...

—¡Le dije demasiado! —exclamó Lachaille.

Se volvió hacia la niña. Su rostro ya solo era el de un hombre doliente y enamorado. Pero ella, le daba la espalda, sacudida por el llanto y con el pelo desordenado. Él exclamó, sordamente:

—¡Ah; ya estoy harto! —y se fue, dando un portazo.

Al día siguiente, a las tres, tía Alicia, llamada urgentemente, bajaba de su berlina, subía al piso de las Alvarez imitando el jadeo de los cardíacos y empujaba sin ruido la puerta, que su hermana había dejado «ajustada».

—¿Dónde está la pequeña?

—En su cuarto. ¿Quieres verla?

—Hay tiempo. ¿Cómo está?

—Muy tranquila.

Alicia levantó unos puñitos coléricos:

—¡Muy tranquila! ¡Ha dejado caer el techo sobre nuestras cabezas y está muy tranquila! ¡Qué generación!

Se levantó el velito de lunares y fulminó a su hermana con la mirada.

—Y tú, ahí plantada, ¿qué piensas hacer?

Su rostro de rosa marchita se enfrentaba con dureza al gran rostro blanquecino de su hermana, que protestó suavemente:

—¿Que qué pienso hacer? ¡No puedo atar a la niña!

Un largo suspiro elevó sus rollizos hombros:

—Podría decirse que no merezco la descendencia que tengo.

—¡Cuándo dejarás de lamentarte...! ¡Lachaille se fue de aquí en un estado en que un hombre sería capaz de cometer cualquier tontería!

—Y hasta sin sombrero —dijo la señora Alvarez—. Se subió descubierto a su coche. ¡Toda la calle lo pudo ver!

—Si a estas horas me dijeras que se había prometido o que se reconcilia con Liane, no me sorprendería ni tanto así...

—Es un momento fatídico —dijo lúgubrementemente la señora Alvarez.

—¿Qué le dijiste después a esa pequeña chinche?

La señora Alvarez frunció la boca.

—Puede que Gigi tenga ideas raras sobre ciertas cosas y esté atrasada para su edad, pero no es lo que tú dices. Una jovencita que ha conseguido llamar la atención del señor Lachaille no es una chinche...

Un furioso encogimiento de hombros sacudió los encajes negros de su hermana:

—Bueno, bueno... ¿Qué le reprochaste a tu princesa, con los guantes puestos?

—Le hablé razonablemente. Le hablé de la familia... Le hice comprender que estábamos pasando muchas estrecheces, le enumeré todo lo que podía conseguir para ella y para nosotras...

—¿E irrazonablemente, no le has hablado irrazonablemente? ¿No le has hablado de amor, viajes, claros de luna, Italia? Hay que saber hacer vibrar todas las cuerdas. ¿No le has dicho que, al otro lado del mundo, el mar es fosforescente y que hay colibríes en las flores y que el amor florece bajo las gardenias cerca de una fuente?

La señora Alvarez miró tristemente a su fogosa hermana mayor:

—No le podía decir eso, Alicia, porque no lo sé. Lo más lejos que he ido ha sido a Cabourg y a Montecarlo.

—¿Y no eres capaz de inventártelo?

—Pues, no.

Guardaron silencio. Alicia esbozó un gesto de decisión.

—Lámame a ese pajarito. Vamos a ver.

Cuando entró, tía Alicia había recuperado su amabilidad de anciana frívola y aspiraba la rosa de té que llevaba prendida cerca de su barbilla.

—Buenas tardes, mi Gigi.

—Buenas tardes, tía Alicia.

—¿Qué me cuenta Inés? ¿Que tienes un enamorado? ¡Y qué enamorado! ¡La verdad es que, para ser un ensayo, ha sido una jugada maestra!

Gilberte asintió, esbozó una sonrisa desconfiada y resignada. A la aguda curiosidad de Alicia ofrecía su carita lozana, a la que el ribete lila de los párpados y la fiebre de la boca añadían una especie de maquillaje. Para tener menos calor, se había recogido el pelo de las sienes con dos peinetas que le estiraban los bordes de los ojos.

—También parece que te haces la mala y pruebas tus uñas sobre el señor Lachaille. ¡Estupendo, hijita!

La muchacha dirigió a su tía una mirada incrédula.

—¡Claro que sí, bravo! Cuando vuelvas a ser amable, se sentirá mejor.

—Pero si soy amable, tía. Solo que no quiero; eso es todo.

—Sí, sí, ya lo sabemos. Le has mandado a su fábrica de azúcar; perfecto. Pero no lo mandes al diablo; sería capaz de ir. En resumen, ¿no lo quieres?

Gilberte hizo un gesto infantil con los hombros.

—Sí, tía, lo quiero mucho.

—Es lo que te digo: no lo quieres. Fíjate, no veo ningún mal en ello; te deja toda tu libertad de espíritu. ¡Ah! Si hubieras estado loca por él, no me hubiera sentido tan tranquila. Lachaille es un guapo moreno, bien plantado. No hay más que ver sus fotos de Deauville, en traje de baño... Solo con eso ya hay para tener una cierta fama. Sí, te hubiera compadecido, mi pobre Gigi. Debutar con una pasión... Marcharse a solas al otro lado del mundo... Olvidar todo en los brazos del hombre amado; escuchar el canto del amor bajo una eterna primavera... Todas estas cosas, ¿no le dicen nada a tu corazón?

—Me dicen que, cuando haya terminado la eterna primavera, el señor Lachaille se irá con otra dama. O bien es la dama, supongamos yo, la que deja al señor Lachaille, y el señor Lachaille va contándoselo a todo el mundo. Y la dama, sigamos suponiendo que yo, ya no puede ir a otro sitio que a la cama de otro señor. No quiero. Yo no soy de las que cambian.

Cruzó los brazos sobre sus pechos y se estremeció ligeramente.

—Abuela, ¿podría tomarme un sello? Quiero acostarme; tengo frío.

—¡Idiota! —estalló tía Alicia—. ¡Merecerías trabajar en una tiendecita de modas! ¡Anda, vete; cástate con un mozo de cuerda!

—Si así lo quieres, tía, pero ahora quisiera irme a la cama.

La señora Alvarez le tocó la frente.

—¿Te sientes mal?

—No, abuela; me siento triste.

Apoyó la cabeza en el hombro de la señora Alvarez y, por vez primera en su vida, cerró los ojos patéticamente, como una mujer. Las dos hermanas se miraron.

—Mi Gigi —le dijo su abuela—; no te vamos a atormentar más. Si tú no quieres...

—Lo que está mal hecho, mal hecho está —dijo secamente Alicia—. No nos vamos a pasar toda la vida hablando de lo mismo.

—No podrás reprocharnos que te faltaran consejos, y de los más competentes —dijo la señora Alvarez.

—Ya lo sé, abuela. Pero, de todas formas, me siento triste.

—¿Por qué?

Una lágrima se deslizó, sin mojarla, por la aterciopelada mejilla de Gilberte, que no le contestó. Ante el brusco campanillazo que sonó, se puso en pie de un brinco.

—¡Oh! ¡Debe de ser él! —dijo—. Es él... Abuela, no quiero verlo; escóndeme, abuela...

Al escuchar el bajo y apasionado tono de su voz, tía Alicia levantó su fina frente y aguzó su experto oído. Luego corrió a abrir la puerta y regresó enseguida. Gastón Lachaille, biliosa la tez e irritado el blanco de los ojos, la seguía.

—Buenas tardes, mamáita. Buenas tardes, Gigi —dijo con aire ligero—. No se molesten. Vengo a buscar mi sombrero...

Ninguna de las tres le contestó; y sintió que lo abandonaba su seguridad.

—Vamos, podrían decirme algo, ¡aunque solo fuera buenas tardes!

Gilberte avanzó unos pasos:

—No —dijo—, usted no viene a buscar su sombrero. Lleva otro en la mano. Y usted no quiere un sombrero. Viene para afligirme todavía más.

—¡Esto —estalló la señora Alvarez— es más de lo que puedo oír! Venga, Gigi, se trata de un hombre que, solamente haciendo caso de su gran corazón...

—Por favor, abuela, un minuto; enseguida acabo...

Gigi tiró maquinalmente de su falda, se aseguró la hebilla del cinturón y se dirigió a Gastón:

—He reflexionado, tío; he reflexionado mucho...

Él la interrumpió, para impedirle decir lo que temía oír:

—Te juro, mi querida Gigi...

—No, no jure. He pensado que prefiero ser desgraciada con usted que sin usted. Entonces...

Lo intentó dos veces:

—Entonces... Ya. Buenas tardes... Buenas tardes, Gastón.

Le tendió la mejilla, como de costumbre, y él la besó algo más largamente que de costumbre, hasta que la sintió atenta y, luego, inmóvil y dulce entre sus brazos. La

señora Alvarez pareció querer echarse encima, pero la impaciente manita de Alicia la retuvo:

—Deja. No te metas más. ¿No ves que no es asunto nuestro?

Le señalaba a Gigi, que apoyaba en el hombro de Lachaille su confiada cabeza y la riqueza de sus cabellos sueltos.

El hombre, dichoso, se volvió hacia la señora Alvarez:

—Mamaíta —le dijo—, ¿querría hacerme el honor, el favor, la alegría infinita, de concederme la mano de...?



COLETTE, Seudónimo de Sidonie Gabrielle Claudine Colette (1873-1954). Novelista francesa. Hija de un militar, a los 20 años se trasladó a París con su marido, el novelista Henry Gauthier-Villars, que se había hecho popular con el seudónimo de Willy.

Su marido, en beneficio propio, la alentó a escribir la «serie Claudine», que más tarde se hizo famosa y comprende novelas como *Claudina en la escuela* (1900) y *Claudine à Paris* (1901), *Claudina en su casa* (1902) y finalmente *Claudina desaparece* (1903).

Con *Diálogos de animales* (1904) comenzó verdaderamente la carrera de escritora de Colette. Después de 13 años de desdicha doméstica, se separó de su marido en 1906 y llevó una vida bastante agitada que provocó escándalo. Bailó desnuda en el Moulin Rouge, mantuvo relaciones con la hija de un duque y también con Auguste Hériot, al mismo tiempo que escribía, daba conferencias y actuaba en teatro. Finalmente, ganó fama literaria con *Renée* (1910). En 1912 se casó con Henry de Jouvenel, de quien tuvo una hija.

En 1913 apareció *El obstáculo* y en 1916 *La Paix chez les bêtes*, pero gran parte de su actividad estuvo consagrada a artículos y crónicas periodísticas. A partir de 1917, trabajó en textos en los que se mezclaban relato y teatro: *Mitsou ou Comment l'esprit vient aux filles* (1919) y *Chéri* (1920), novela consagrada al amor entre un adolescente y una vieja cortesana, que consolidó su prestigio. La temática de iniciación al amor fue retomada en *El trigo verde* (1923). Siguió con *Al rayar el día*

(1928), *La casa de Claudina* (1930) y *Sido* (1930), así como varios relatos intimistas. Hacia el año 1927 sus obras eran elogiadas por autores tan famosos y diversos como Marcel Proust, André Gide y Paul Claudel. De sus novelas (la mayor parte de las cuales reflejan de un modo apasionado, realista y sardónico los problemas de una mujer enamorada) la más conocida es *Gigi* (1945), adaptada al teatro. Su última obra fue *En pays connu* (1950). En 1953 fue ascendida a gran oficial en la Legión de Honor, grado que solo otra mujer había logrado antes que ella.

Notas

[1] Pájaro de pequeño tamaño, tradicionalmente muy apreciado por los *gourmets* y que se preparaba a partir de recetas muy complejas. En la época del relato, su consumo suponía una verdadera exquisitez social, llegándola ser considerado «manjar de mesas de emperadores y reyes». [N. del T.] <<